

por **MANUEL RUIZ ZAMORA** De la ingente cantidad de libros que analizan los males que atentan a las democracias del siglo XXI, no hay tal vez ninguno que alcance el grado de precisión y clarividencia de *El despotismo democrático*, de Alexis de Tocqueville (1805-1859), escrito, sin embargo, hace ya casi dos siglos. Hay momentos en estas páginas que pudieran hacernos creer que nos hallamos ante la obra de un profeta o un visionario, cuando lo que realmente tenemos delante son las afiladas apreciaciones de un científico.

Página Indómita recupera 'El despotismo democrático', un clásico del pensamiento político en el que el liberal francés predice con asombrosa precisión la deriva infantilizadora y controladora del Estado moderno

Alexis de Tocqueville y las advertencias que resuenan en la historia

«En el horizonte», advierte Tocqueville, «se alza un poder inmenso y tutelar, que se encarga en exclusiva de garantizar los goces de todos y de velar por su suerte. Es absoluto, minucioso, regular, previsor y benigno. Se asemejaría a la autoridad paterna si, como esta, tuviese por objeto preparar a los hombres para la edad adulta, pero, por el contrario, sólo busca mantenerlos irremediabilmente en la infancia». Aun quedaba tiempo para que dicho poder fuera bautizado con el nombre de *Estado del bienestar*.

Resulta un acierto que la editorial Página Indómita, que pa-

rece haberse echado sobre sus espaldas la tarea, tan ausente en nuestras escuelas, de ilustrar al lector con los hitos fundamentales del pensamiento democrático, se haya decidido a publicar este texto del pensador francés, la cuarta y última parte de *La democracia en América*, su obra capital. Tras haber analizado en su experiencia estadounidense el proceso de la democracia en marcha, Tocqueville aborda una recapitulación final, de carácter más reflexivo, en la que desarrolla las potenciales amenazas que encuentra en ese mundo que está naciendo ante sus ojos.

Sus conclusiones resultan altamente paradójicas: por un lado, no puede dejar de apreciar una mayor igualdad, un creciente bienestar y un aumento de la justicia social; pero, por otro, identifica una preocupante centralización que se traduce en control por parte del Estado, imparable uniformización de los tipos y conductas y una invasión desconcertante por parte del Gran Levitán hasta de los menores detalles en la vida íntima de los ciudadanos. El diagnóstico no puede ser más inquietante: lo que se presenta como el sistema político por excelencia de la libertad



ALEXIS DE TOCQUEVILLE
EL DESPOTISMO DEMOCRÁTICO
Traducción de Carlos Fernández Muñoz. Página Indómita. 128 páginas. 14,50 €

LA HORA DEL REVISIONISMO
Venerado durante décadas como uno de los padres del liberalismo, heroico diputado abolicionista, de pronto un sector del mundo académico francés, empujado por intelectuales como Seloua Boulbina o Todorov, revirtió su prestigio, acusándolo de ser un imperialista mal disimulado y poniendo como ejemplo su apoyo a la conquista de Argelia. Una gran injusticia, además de un anacronismo histórico, que, de momento, no tiene eco fuera de Francia

lleva dentro de sí unas tendencias intrínsecas que pueden dar lugar a formas de despotismo mucho más efectivas y peligrosas que las del Antiguo Régimen.

Para Tocqueville, el caballo de Troya de tales tentaciones despoticas lo constituye, sin duda, el principio de igualdad. Lo señalará muchos años después con la misma rotundidad Hannah Arendt, tan influida por el francés en lo que se refiere a sus consideraciones sobre los valores democráticos: mientras que la revolución americana, que apostó decididamente por el concepto de libertad, apenas tuvo influencia en la historia, la francesa, obsesionada por la igualdad y el concepto de *volonté générale* a partir del magisterio de Rousseau, daría lugar a todos los totalitarismos del siglo XX. Por supuesto, Tocqueville no llega a imaginar las abominaciones del horror totalitario, pero a nosotros sí nos resulta lícito comprenderlo precisamente a partir de esa ampliación incesante de la centralización del poder y la uniformidad social que él denuncia.

No obstante, y a pesar de sus orígenes y educación aristocráticos, Tocqueville es cualquier cosa menos un nostálgico o un reaccionario. «No se trata en absoluto de reconstruir una sociedad aristocrática, sino de hacer surgir la libertad en el seno de la sociedad democrática en la que Dios nos hace vivir». La libertad, por tanto, es para Tocqueville el imperativo moral que debería regir toda democracia. «Creo», confiesa, «que he amado la libertad en cualquier época, pero en los tiempos que corren me siento inclinado a adorarla».

En consecuencia, las soluciones que apunta contra el avance imparable de la uniformización democrática son las que ha verificado en la sociedad americana: una sociedad civil fuerte, libre e independiente, una prensa que no se arredra ante el poder y una judicatura capaz de imponerle el imperio de las leyes. Justo todo aquello que comienza a resquebrajarse en España. Por ello, este texto impecable es una **L** lectura imprescindible.